

Literatura Argentina y generaciones

por
**CARLOS A.
POLEMANN
SOLA**

POR LOS MISMOS DIAS que llegara al país el pensamiento de Ortega, continuado y renovado en la enseñanza viva de Julián Marías, otro discípulo suyo presentaba en las librerías porteñas un libro que es también vigencia del maestro español: *Las generaciones argentinas*, de Jaime Perriax, Eudeba, Buenos Aires, 1970. Libro que sin duda sembrará de fermentos el estudio de nuestra historia y nuestras letras. Dado que es en este campo donde más se ha desarrollado la problemática de las generaciones nos preguntamos: conforme al esquema establecido por Perriax, ¿cómo clasificaríamos las generaciones literarias argentinas? No se trata, por supuesto, de hacer algo nuevo sino de intentar algunas precisiones sobre lo ya conocido. Con el fundamento de una sólida y amplia peana de conocimiento e inteligencia distribuye nuestra historia en catorce generaciones. Desde los nacidos en 1750 hasta los de 1940.

El primer problema, o mejor incitación al estudio, lo plantean las tres primeras. Porque en ellas encontramos autores a los que adscribimos al Neoclasicismo. En la de 1753-1767 está Labardén al que podemos agregar algunos nombres presentes en otras columnas que la de los escritores. Por ejemplo, Fray Cayetano Rodríguez, que figura entre los sacerdotes. ¿Hay algo que distinga, desde el punto de vista literario, al autor de "Siripo" o a este fraile de los autores de las dos generaciones siguientes? La generación de Moreno, 1768-1782, y la de 1783-1797, con López y Planes, de Luca, Hidalgo, Varela y Lafinur. La diferencia indudable en lo político, reflejada en el enfrentamiento Moreno-Saavedra, ¿tuvo o no su correspondencia en lo estético? Una primera tarea interesantísima de estudiar. La cuarta generación, la de los nacidos entre 1798-1812, es la conocida generación del treinta y siete. Sus miembros coinciden en actitudes vitales, ideario político y la entonces novísima corriente romántica. La relación en estos aspectos con la generación siguiente es también

muy notoria. Tanto que se habla de una primera y una segunda generación romántica. Nuevamente preguntamos qué los diferencia; literariamente, qué separa a Sarmiento de Mitre, a Gutiérrez de Mármol.

Es bastante complicada para su clasificación la de los nacidos entre 1828-1842. Porque en ella al lado de una indudable perduración del romanticismo como es el caso de Andrade, encontramos a Lucio V. Mansilla tradicionalmente vinculado a la generación del ochenta. Además pertenecen a ella José Hernández, cuyo "Martín Fierro" es una obra romántica en muchísimos aspectos. Y sin embargo a él y al autor de "El nido de cóndores" se los incluye muchas veces con los del ochenta. Parecidas observaciones podrían hacerse acerca de Estanislao del Campo y José M. Estrada nacidos en 1834 y 1842. Sin duda esta quinta generación es difícil de caracterizar.

En cambio la siguiente, 1843-1857, no ofrece dificultades. Wilde, Cané, Cambaceres, Lucio V. López son hombres del mismo grupo generacional. ¿No podríamos tal vez hablar de una primera y una segunda generación del ochenta? Nuevamente encontramos oscilaciones en la generación séptima. Quizás uno de sus rasgos característicos sea la estética del realismo, pues a ella pertenecen Fray Mocho, Laferrere, Payró, Ocantos, García Merou. Entre ellos nace un adelantado de las formas literarias que vendrán después: Leopoldo Díaz, cuya creación pertenece al ámbito de la generación novena: 1873-1887. Lugones, Quiroga, Rojas, Güiraldes, son los hombres del modernismo. A la misma época pertenecen Gálvez, Wast, House, Lynch, Dávalos, que por cierto no son modernistas. Y sin embargo, no hay algo de común entre un grupo y otro? Parece que sí, y es la profunda mirada que todos tuvieron hacia la tierra. Un análisis comparatista tal vez nos abriría pautas insospechadas entre estos dos grupos aparentemente tan distintos.

De la misma edad que los anteriores es Macedonio Fernández, el padre espiritual de la generación siguiente; la que se iniciará negando al modernismo antecesor. Es la de los martinfierristas y los grupos de Florida y de Boedo, con Gironde, Borges, Nalé Roxlo, Bernárdez, Marechal, Arlt. Queda entre los nacidos en esos quince años algún modernista, como Bancho o Capdevila, pero la estética general es indudablemente distinta. La generación undécima cuenta en sus filas a Mallea, Barbieri, Barbistky, Ponferrada, Mujica Láinez, Bioy Casares, Cortázar. Es decir, un grupo donde figuran muchos de los mejores escritores argentinos actuales. Pero, ¿se puede decir que hay un vínculo común entre ellos?

Más claro, en cambio, es el panorama de la generación 1919-1932. Aunque el autor no la nombra, sus nombres pertenecen en gran parte a la llamada generación del cuarenta: Denevi, Murena, Vocos Lescano, Peltzer, Viñas, Sáenz. Finalmente, la última generación como recién comienza su período de creación, aunque cuenta ya con algunos nombres importantes como Gudiño Kieffer o Puig, naturalmente no puede ser definida como totalidad.

Este excelente libro exige, por tanto, un replanteo de la literatura argentina. Frente a generaciones claramente distinguibles, hay otras que están lejos de serlo. Sería interesante una investigación a fondo para descubrir las reales vinculaciones entre los distintos creadores de cada período. Y el papel que juegan los continuadores y los precursores. Y la relación, a su vez, con el momento histórico del país y la situación mundial. Porque estamos plenamente de acuerdo con el autor que una generación no es algo aislado a un solo campo sino un fenómeno que abarca todas las manifestaciones sociales. ¿Qué duda cabe, por ejemplo, que la prosa de Güiraldes se conecta con la pintura de Fáder y la poesía modernista con el mundo de la "belle époque"?

Entre otras muchas cosas la obra comentada nos ha hecho pensar algo más. Las últimas generaciones de profesores y críticos por reacción frente a las anteriores tienen, o tenemos, un enorme menosprecio por lo biográfico. Elemento al que tanta importancia dio la crítica positivista para luego encontrar en la obra la corroboración de esa vida. Para la escuela estilística, que machacó que la obra se explica por sí sola, la literatura se convirtió en "una lamentable necrópolis de nombres y de fechas". La frase es de don Dámaso Alonso, el actual presidente de la Academia Española. ¿No ha llegado el momento de reвер tan tajante postura y uti-

lizar los elementos biográficos y generacionales como un instrumento más hacia la mejor comprensión de lo literario?

En la periodización establecida por Perriau para las generaciones argentinas corresponde al que esto escribe la número décimotercera; la de los nacidos entre 1933-1947. Siguiendo los conceptos orteguianos, es la generación que entra este año de 1970, en el tiempo de gestación. Y cuyo período de gestión será de 1985 al año 2000. Es decir, la generación, y lo recuerda el autor en la dedicatoria, que entregará el país a su sucesora cuando concluya el segundo milenio de la era cristiana y empiece el tercero. Azorín, que inventó un nombre para su generación, nos enseñó a no derrochar adjetivos. Porque sino hubiera puesto alguno para connotar el temor y temblor de esta mirada prospectiva hacia los próximos treinta años de nuestra labor generacional.

En estos momentos, mientras escribo, una sobrina nacida justo tres décadas después, en 1963, juega a preparar comidas con una amiguita conforme un programa televisivo dedicado a las amas de casa. Ambas niñas pertenecen a la décimoquinta generación argentina. Una generación cuyos hábitos visuales, formados con muchas horas frente al televisor, difiere ya notablemente de los nuestros. Y para quienes el viaje a la Luna no sólo no será una fantasía pero ni siquiera una noticia. Que concieron desde siempre la bomba atómica y probablemente para ellos el cáncer tendrá el valor de un recuerdo de familia. Una generación cuya vivencia y concepción de lo sexual con toda seguridad distará más de nosotros que nosotros de la época victoriana. En la ciudad que derriba árboles, devora los jardines y se ennegrece de hollín, ¿qué literatura crearán? ¿Y cómo verán los vanguardistas de 1990 a Antonioni, García Márquez o Le Parc?

Aunque más no fuera que por estas y otras incitaciones, el libro que comentamos sería objeto de nuestro agradecimiento. Pero no es sólo por esto sino por tratarse de un aporte a la doctrina historiográfica y a la naciente ciencia prospectiva que le rendimos desde las páginas de esta revista nuestro cordial homenaje intelectual. Una revista que, fundada hace sesenta años, cuando concluía el reinado de los hombres del ochenta, sigue siendo expresión de la "coexistencia" de varias generaciones. Desde Guillermo Furlong, perteneciente a la décima generación, hasta el actual director que pertenece a la décimotercera. Una forma tal vez de la alianza generacional que tan sabiamente propugna Perriau y tanto precisamos los argentinos. ♦